172
1950

CATALINA DE RUSIA.

DRAMA DE 1762

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOAQUIN FERRANDIS,

Doctor en Medicina y Cirujía.

TARRAGONA.

IMPRENTA DE PUIGRUBÍ Y ARÍS.

1882.

4

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/catalinaderusiad1854ferr

CATALINA DE RUSIA.

DRAMA DE 1762

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOAQUIN FERRANDIS,

Doctor en Medicina y Cirujía.

TARRAGONA.

IMPRENTA DE PUIGRUBÍ Y ARÍS.

1882.

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva sus derechos sobre ella. Queda hecho el depósito que previene la ley.

Al

Excmo. Sr. Conde de Rius,

EN PRENDA DE GRATITUD, DE FINEZA, Y DE DISTINCION

El Autor.

PERSONAS.

PEDRO III, Emperador de Rusia.
CATALINA, su esposa.
EL MARQUES DE ROHAN, embajador de Francia.
EL CONDE Gregorio de Orlof.
ALEJO.
LUCRECIA.
Un criado del Marqués.
Pueblo.

El primer acto en Orienbaun el 6 de Julio.
El segundo en San Petersburgo el 8 del mismo.
El tercero en C Zarco-celo el 18 del mismo.

ACTO PRIMERO.

Atrio del palacio imperial con pórtico.
En el fondo una capilla con dos sepulcros. Relieves idóneos y un busto de muger en cada sepulcro. Una lámpara colgante arde en medio, delante un altar griego.
La capilla aparece oscura, sin más luz que la de la lámpara.
Una gran reja separa la capilla del atrio y tiene en su medio una puerta cerrada.
Es próxima la noche.

ESCENA I.

El Conde, Alejo.

El Conde. Ya no queda otro recurso;
el trance es desesperado:
invernar en la Siberia
ó morir en el cadalso.
Toda la Corte ya sabe
que aquí se está conspirando:
Catalina, contra Pedro;
Pedro contra los Boyardos.
El apuro en que nosotros
hoy dia nos encontramos
es que somos más cobardes
que cobardes los contrarios.
Alejo. Pretende el Emperador.....
El Conde. Divorciarse por contado
de su esposa; y declarar
por solemne legal acto
ilegítimos sus hijos
desde Miguela hasta á Pablo.
Encerrar á Catalina
en una carcel ó un claustro
para casarse despues
con una dama de abasto.

611902

ALEJO. Habeis resuelto, Gregorio,
esperar el resultado?
EL CONDE. Dos opuestos pareceres
hay entre los conjurados.
Unos quieren destronar
al Emperador.
ALEJO. No es malo.
EL CONDE. Otros quieren suprimirle.
ALEJO. Pienso que es más acertado.
Para un lance decisivo
faltarán hombres acaso?
EL CONDE. Alejo, no hay que confiar
en rusos..... que son esclavos.
Es forzoso que el proyecto
llevemos los dos á cabo.
ALEJO. Qué dispones?
EL CONDE. Esta noche.
ALEJO. Quiénes?
EL CONDE. Nosotros: es claro.
Para qué nuevos agentes
ahora necesitamos?
El Emperador vendrá,
como tiene acostumbrado,
á visitar por la noche
este fúnebre santuario.
ALEJO. El Embajador de Francia
suele ir siempre á su lado.
EL CONDE. Ya cuidaremos nosotros
de apartarle por un rato.
ALEJO. Un estrangero no estorba.
EL CONDE. Ese estorba demasiado.
Amigo es de Catalina;
más que amigo, cortesano.
Es un jóven militar
arrogante, fino y bravo:
aunque noble sin fortuna
es muy digno de su cargo.
ALEJO. Tambien puede suprimirse,
si conviene en todo caso.
EL CONDE. Un embajador, Alejo,
es, por su clase, sagrado.

ALEJO. Lo es más el Emperador;
y no lo miras, hermano.
EL CONDE. Representa al rey de Francia
ese plenipotenciario.
ALEJO. No representa á la Rusia
ese á quien llamais tirano?
En nuestra corte, Gregorio,
á nadie se ha respetado:
ni á monarcas, ni á princesas,
ni á señores, ni á vasallos.
EL CONDE Alejo, no seas loco.
Fuera trance temerario
indisponer á la Corte,
por tan grave desacato,
con los reyes de la Europa,
que harian suyo el agravio.
ALEJO. Si viene solo.....
EL CONDE. Los dos
allí dentro le encerramos:
y con un par de estocadas.....
ALEJO. Queda muerto.....
EL CONDE. Destronado.
ALEJO. Si viene el embajador.....
EL CONDE. Entonces es necesario
con un pretesto plausible
llevarle fuera del atrio.
ALEJO. Así pues.....
EL CONDE. Vigila listo.
ALEJO. Te quedas.....
EL CONDE. Aquí te aguardo.

(Vase Alejo por la izquierda.)
(El Marqués llega por el otro lado.)

ESCENA II.

EL CONDE, EL MARQUÉS.

EL CONDE. Señor Marqués..... *(saludando.)*
EL MARQ. Señor Conde.... *(id.)*
EL CONDE. Visitais ese santuario?
EL MARQ. Vengo aquí, porque esta tarde,
Conde, una cita me han dado,

El Conde. El Emperador quizá.....
El Marq. No seria nada estraño.
El Conde. Pero de todas maneras.....
El Marq. Me conviene.....
El Conde. ¿Qué?
El Marq. Callarlo.
El Conde. Conmigo, Marqués, usais
lenguaje tan reservado?
El Marq. Mis labios nunca pronuncian
palabras de papagayo.
El Conde. Los rusos somos amigos
tan solo de amigos francos.
El Marq. Y los franceses tambien.
El Conde. Entonces hablemos claro.
El Marq. Quién lo impide, señor Conde?
El Conde. Señor Marqués, voy al caso.
Sois en Rusia de los nuestros?
El Marq. De nadie soy adversario.
El rey de Francia á la Rusia
para espresar, me ha mandado,
su respeto á Catalina,
su amistad al soberano.
El Conde. Como veo que tan jóven
por aquí habeis comenzado.....
El Marq. Sois muy viejo para ser
en la corte un dignatario?
El Conde. Marqués, debo á los favores
mis títulos; lo que valgo.
El Marq. Conde, debo á mis servicios
ser por la suerte olvidado.
Os llevo..... de algunos dias;
os llevo de algunos años.
El Conde. Señor Marqués?
El Marq. Treinta y dos.
Señor Conde?
El Conde. Veinte y cuatro.
El Marq. ¿Para embajador son pocos?
Es que los mios son largos
en campañas, en heridas,
en duelos, en desengaños.
El Conde. La riqueza no os sonrie:

vuestro rey es un ingrato.

EL MARQ. Si pobre soy de fortuna
no necesito prestado.
Y si jóven he venido,
porque jóven es mi brazo
para sufrir vuestro clima,
sin conocer menoscabo;
para poder contestar
con desprecio á los agravios,
con altivez al insulto
y á todos con desenfado.

ESCENA III.

Dichos, CATALINA.

CATALINA. Aquí estais, señor Marqués?

EL MARQ. De llegar, Señora, acabo.
Y cumpliendo vuestras órdenes
aquí os estaba esperando.

CATALINA. Dispensadme caballero, *(al Conde.)*
de dejarnos por un rato.

(Vase el Conde por la izquierda.)

ESCENA IV.

CATALINA, EL MARQUÉS.

CATALINA. Señor Marqués, perdonad
que aquí os haya dado cita.

EL MARQ. Es una gracia esquisita
la de vuestra Magestad.

CATALINA. Seis meses ha que en mi Corte
sois el galan mas cortés.
Cómo me llamais, Marqués?

EL MARQ. La Semíramis del Norte.

CATALINA. Es frase muy halagüeña
que respira adulacion.
¿A hablar con el corazon
la diplomacia os enseña?

EL MARQ. Señora, es grande el aprieto
si se me obliga á fingir.

CATALINA. Cómo ¿no sabeis mentir?
EL MARQ. No sé faltar al respeto.
CATALINA. Ocasion es de probaros
en vuestro propio sentido.
Esta tarde habeis venido.....
EL MARQ. Aquí, para saludaros.
CATALINA. Y cual es vuestra mision
como embajador del rey.
EL MARQ. De los tratados la ley
espresa la obligacion.
Aquí del rey la persona,
emperatriz, represento.
CATALINA. Por mi reconocimiento
mereceis una corona.
EL MARQ. Lisongera sois.
CATALINA. Veraz.
EL MARQ. No tan alto, que el sol quema.
CATALINA. Lo bajo de nada es lema;
vos, de todo sois capaz.
Si venís, decidme ahora,
para mí de embajador,
ó para el emperador.
¿No me respondeis?
EL MARQ. ¡Señora!
CATALINA. Es de tal naturaleza
vuestro fin para ocultarlo?
Si es posible revelarlo
hablad luego con franqueza.
EL MARQ. La comision se adivina.
Es para felicitar,
por su honor al noble Czar,
y á su esposa Catalina.
CATALINA. Ya que reservais oculto
ese secreto de Estado,
os lo diré de contado.
EL MARQ. Señora, lo dificulto.
CATALINA. Por qué fingís, caballero,
cuando se palpa y se vé?
EL MARQ. Sin saberlo, lo callé.
CATALINA. Pues la confesion prefiero.
Con todo, si os es sensible

el arcano revelar,
lo voy á manifestar.

El Marq. Señora, si es imposible!

Catalina. Pronto vereis como yo
se detallar por completo
el trascendental secreto
que tan mal se reservó.
Jóven, bravo, sin rival,
y de la Corte ornamento,
venis aquí con intento
de una ambicion natural.
Por vuestra fina elegancia
más que como embajador,
como bello seductor
os envia el rey de Francia.
Dijo Luis al presente:
«En Rusia te necesito,
si llegas á favorito
puedes servirme fielmente.»
Porque supone el francés
que soy una *mesalina*:
¡Necio error! Soy Catalina;
de nadie dama, Marqués.
Y tened bien entendido
para siempre, embajador,
que no soporto señor,
como no sufro marido.
Y si el público murmura
sobre mis inclinaciones;
ellas serán distracciones
y jamás torpe locura.
Dejemos en este punto
la cuestion de personas;
cuando peligran coronas
la mujer es poco asunto.
Examinad este siglo;
examinad el pasado:
el trono ¿qué es? Un mercado:
El monarca es un vestiglo.
Solo gobiernan en Rusia
los monarcas estranjeros;

ó indignos aventureros
de Alemania ó de la Prusia.
Así Pedro con sus vicios
al pueblo da la miseria:
desterrando, á la Siberia;
condenando, á los suplicios.
Eso no ha de proseguir;
ni el despótico dominio;
ni ese feroz esterminio:
en Rusia se ha de vivir.
Pues yo quiero terminar
tanto crímen infecundo:
y la Rusia para el mundo
trato de civilizar.
Razonad, Marqués, un poco;
dadme vuestro parecer:
¿debo ó no favorecer
á ese Czar beodo y loco?

El Marq. Es tan alta la prudencia
como lo es la dignidad:
yo acato á la majestad;
yo respeto á la conciencia.
Comprendo que es deshonroso
ver el delito sin fin,
borrachera en el festin
y gobierno indecoroso.
Mas, útil no puedo ser:
Señora, soy estranjero.

Catalina. Naturalizaros quiero:
y más podeis pretender.
Venid y dadme la mano;
vaya abajo el despotismo;
borremos el fanatismo
de todo el linage humano.
Un amigo me faltaba
en mi grande y noble empresa:
al veros, el temor cesa;
al oiros, la duda acaba.

El Marq. Estoy conforme, señora,
con la idea en general.
Pero, lo más esencial.....

CATALINA. Es cuestion hoy sin demora.
Marqués, resuelta á jugar
de una vez mi suerte estoy:
á decir á Pedro voy:
ó bien morir, ó abdicar.
Que no resista: porque
si por su culpa una gota
de sangre en la lucha brota
implacable juzgaré.
Vos, que sois su confidente,
buscad un medio eficaz:
pronto, la guerra ó la paz:
que sea condescendiente.
Cumplid mi solicitud:
y será la recompensa
tan honrosa, tan inmensa,
que obligará á gratitud.
No os lo mando, que os invito;
hablo, Marqués, sin ficcion:
¿no es sabrosa la ambicion?
Sereis más que favorito.

EL MARQ. Si logro llevar feliz
la idea á su cumplimiento
para servir es mi intento
á la escelsa emperatriz.
Juro por todo mi honor
lo posible negociar.

CATALINA. Pues, amigo, sin tardar
traedme al emperador.

(Váse el Marqués por la izquierda.)

ESCENA V.

CATALINA, EL CONDE.

CATALINA. Ese jóven va á servirme
perfectamente, despues
si viene Pedro, corriente:
y si no viene, tambien.
Prefiero que el Czar abdique:
otra solucion es cruel.
Ya es hora de que en la Rusia

el verdugo en paz esté.
(Entra el Conde por la izquierda.)
Están ya los conjurados?

EL CONDE. Esta noche prontos.

CATALINA. Bien.

EL CONDE. Abdica el Emperador?

CATALINA. Dentro poco lo sabré.

EL CONDE. La seña?

CATALINA. Será un pañuelo.

EL CONDE. Si es blanco.....

CATALINA. Nada hay que hacer.

EL CONDE. Y si fuese colorado.....

CATALINA. A la capital corred:
la tropa sobre las armas
sin moverse del cuartel.
Que los Ministros de Pedro
sean presos disponed.

EL CONDE. Nada más?

CATALINA. No, por ahora.

EL CONDE. ¡Nada más!

CATALINA. Bien claro hablé.
Tened cuidado, Gregorio,
de mi intencion comprender.
(Vase el Conde por la izquierda.)
(El Emperador llega por la derecha acompañado por el Marqués que se retira.)

ESCENA VI.

CATALINA, PEDRO.

PEDRO. Me has llamado, Catalina?

CATALINA. Te he llamado.

PEDRO. Qué deseas?

CATALINA. Que condescendiente seas.

PEDRO. Es tu idea peregrina.
Me han dicho que conspirais:
no lo creo; no lo temo.
Si fuese cierto el estremo,
mucho, Señora, arriesgais.

CATALINA. Una madre no conspira
cuando á sus hijos defiende.

PEDRO. Esa madre, qué pretende?
CATALINA. La justicia.
PEDRO. La mentira.
CATALINA. Insulto grosero.
PEDRO. Mucho.
CATALINA. Insulto que llega al alma.
PEDRO. Catalina, habla con calma;
que con paciencia te escucho.
CATALINA. Debes en acta legal
nombrar á Pablo heredero
del Imperio.
PEDRO. ¡Ya!
CATALINA. Lo quiero.
Estás dispuesto?
PEDRO. No tal.
Y sabes bien la razon
que abona mi negativa.
CATALINA. Respuesta...
PEDRO. Definitiva.
CATALINA. Y tus miras cuáles son?
PEDRO. El repudio.
CATALINA. Es un abuso.
PEDRO. Sospechas...
CATALINA. No son verdad.
PEDRO. Bastará mi voluntad
segun de Rusia es el uso.
CATALINA. No consideras, mal padre,
que no es Pablo el solo hijo?
PEDRO. Los demás... ya sé de fijo
que no tienen más que madre.
CATALINA. Esas indignas sospechas
en un hombre depravado
á tí solo han deshonrado.
Son dudas.
PEDRO. Son cosas hechas.
CATALINA. Ese lenguaje soez
propio de beoda turba
á una madre no conturba:
de las madres no eres juez.
Si á mi Pablo desconoces
¿en qué fundas tu criterio?

PEDRO. Es fruto del adulterio.
CATALINA. ¿A la niña reconoces?
Discurres de esta manera
porque á tu razon domina
una necia concubina,
ni casada, ni soltera.
Yo, de mis hijos defiendo
los derechos adquiridos
y por tí reconocidos.
PEDRO. Anularlos hoy pretendo.
CATALINA. Con que solo desde ayer,
mal esposo y peor padre,
infamas así á la madre,
insultas á la mujer?
Con que solo desde una hora
propalas con tales bríos
lo que llamas estravíos
de la que fué tu señora?
En mi rostro no hay matiz
que denuncie la impureza:
en el tuyo la flaqueza
mide cada cicatriz.
Por la crápula cegado
sabes tú lo que es honor?
PEDRO. Yo soy el Emperador.
CATALINA. Que puede ser destronado.
Ni mi culpa, ni la tuya
de nuestro hijo ha de ser mengua:
calle pues tu torpe lengua;
deja la virtud, que es suya.
Y si algun dia á los dos
juzga el mundo sin malicia
á cada uno hará justicia;
y si no nos la hará Dios.
PEDRO. Este asunto es enojoso:
ninguna suelta tendrá.
CATALINA. Concluyamos.
PEDRO. Bien está.
Linda esposa!
CATALINA. Lindo esposo!
Reflexiona, Pedro.

PEDRO. Nada.
CATALINA. Quieres la paz ó la guerra?
PEDRO. El repudio aquí en la tierra
y en el Cielo tu morada.
CATALINA. Este es tu fallo?
PEDRO. Cabal.
CATALINA. Pues tú, pronta abdicacion:
ó una lóbrega prision,
si no hay cosa más fatal.
(Saca un pañuelo encarnado y vase por la izquierda llevando el pañuelo desplegado en la mano.)

ESCENA VII.

PEDRO, EL MARQUÉS, *que llega por la derecha.*

PEDRO. Qué os parece mi respuesta?
EL MARQ. Imprudente y peligrosa.
Además no es decorosa
y puede seros funesta.
PEDRO. Yo soy el Emperador.
EL MARQ. Es ella la Emperatriz.
PEDRO. Yo sospecho...
EL MARQ. ¡Bah! Un desliz!
Sospecha no es deshonor.
Aunque manifiesta fuera
la flaqueza de una dama,
debe salvarse su fama
por una falta lijera.
PEDRO. Es crímen el adulterio.
EL MARQ. Crímen es; mas perdonable.
Señor, si sois inculpable
está bien el improperio.
PEDRO. Yo soy el juez en mi corte.
EL MARQ. Es verdad: pero entendido,
que un adúltero marido
no es buen juez de su consorte.
El que es reo, en su conciencia
de todo sospecha y duda:
esta razon es muy ruda;
mas, defiende á la inocencia.

PEDRO. Inocente ser podria?
EL MARQ. Y por qué no puede serlo?
PEDRO. Marqués, si pudiera verlo
tampoco lo creeria.
EL MARQ. Porque todo pecador
con los otros nunca es justo.
PEDRO. Es decir que soy injusto...
EL MARQ. Me lo parece, señor.
Por más que asome muy clara
una mancha en su señora,
el noble no se desdora
poniendo un velo en su cara.
PEDRO. Es en vano vuestro empeño:
no la puedo perdonar.
EL MARQ. ¿De qué sirve aconsejar?
de vos mismo no sois dueño.
Como monarca absoluto
solo vivís de capricho;
dais crédito á cualquier dicho:
¿por qué no sois más astuto?
PEDRO. Y para qué necesita
mi poder tanto romance?
EL MARQ. Para salvar un percance
que muchas veces se evita.
Tratais de obrar con fiereza
matando por todos lados:
pensad que los conjurados
cara os darán su cabeza.
Tienen prevista su suerte
en una lucha fatal:
vereis en la capital
como la sangre se vierte.
Y qué lograreis al fin
en combates populares?
Cadáveres á millares:
eso, domando al motin.
Más os fuera preferible
que escucharais mi consejo;
cuando lo bárbaro dejo
y propongo lo apacible.
Vos dais pábulo á quimeras

y os meteis en lo privado:
dejad á Dios el cuidado
de las íntimas esferas.
Vuestros hijos, si son hijos
ó no lo son, qué os importa?
Esta cuestion no se corta
con escándalos prolijos.
Debiais allá en su cuna
ó bien antes de nacer,
negarles el nombre y ser...
hoy la hora no es oportuna.
Esa dama que os incita
á medida tan siniestra
es más que enemiga vuestra,
es una vil favorita.
Promoviendo injusto encono
exije que os divorcieis;
y que con ella os caseis:
ella, qué será en el trono?
Los necios aduladores
os engañan, ó son locos:
si sucumbis, serán pocos;
pero todos son traidores.
Dejemos pues lo pasado;
sed hombre con dignidad:
si hubo culpa, perdonad;
y vos sereis perdonado.

PEDRO. ¡Santa doctrina!

EL MARQ. Por cierto
que la debierais seguir.

PEDRO. Consejo voy á pedir
á aquella que por mí ha muerto.
Esta es la hora de rezar
por el ángel que he perdido.
Señor marqués, no os despido:
poco tendreis que esperar.

(El marqués se retira hácia la derecha entre columnas.)

ESCENA VIII.

(Empieza á anochecer.)

PEDRO, LUCRECIA *escondida tras de su tumba.*

PEDRO. Cuando contemplo con dolor sombrío
fatal sepulcro en donde un ángel posa,
percibo vaga sombra silenciosa,
recuerdo fugitivo de pasion.
¡Lucrecia! Mi plegaria en vano envio;
inútil el afan es en el suelo.
¡Ah! Tú me prometias desde el Cielo
bajar envuelta en nubes de perdon.
Escucha de mis lábios esa historia
que dicta el corazon desesperado:
si el vicio mi ignorancia ha mancillado
la culpa tú bien sabes de quien es.
Aborto yo nací de vana gloria,
sin luz vivificante para el alma:
ni para la ambicion obtuve calma,
ni conocí la flor como el ciprés.
Sentado por el crímen sobre el trono
la corte fué un perenne precipicio:
las madres me nutrieron con el vicio;
las hijas me brindaron liviandad.
Los odios, las envidias, el encono,
mentian aparentes sus favores:
el cetro solo daba sinsabores;
los templos eran focos de maldad.
Debian ser sin duda lo que fueron
las razas que la Rusia ha maldecido:
enjambre destructor, que ha corrompido
las chozas, los altares, el dosel.
Incestos, parricidios, sucedieron
un siglo y otro siglo y hasta el dia:
ejemplo, que á mis ojos ofrecia,
despues de cien monarcas, Isabel.
Y tú, Lucrecia mia, no perdonas
al desdichado padre?... Yo deliro!
Aguardo del cadáver un suspiro;
y solo el viento exhala su dolor.

No más delitos! Caigan las coronas
de mi culpable sien. No las merezco.
Lucrecia, en tu sepulcro yo me ofrezco
por víctima espontánea al Redentor.
(Reclinado contra la reja.)

Voz de Lucrecia. Ya perdonado estás.

PEDRO. Señor ¡qué escucho!
El ángel de la tumba lo revela.
Repite la palabra que consuela
y por los aires huye tan veloz.
(Va oscureciendo.)

Voz de Lucrecia. Ya perdonado estás.

PEDRO. Señor, es mucho
el súbito favor que me concedes.
¿De dónde, dulce acento, tú procedes?
Lucrecia ¿es de tus lábios esa voz?

LUCRECIA. *(Saliendo de lo interior vestida de blanco y permaneciendo al lado de su tumba).*
Lucrecia soy, señor, que de la fosa
para salvaros Dios me ha preservado.

PEDRO. Perdona, pobre niña, mi pecado.

LUCRECIA. Vos sois mi padre!

PEDRO. Y tú el perdon me das!
Esplícame tu suerte prodigiosa...

LUCRECIA. Horrible fué aquel trance en la agonía!
Morir, morir por voluntad queria.

PEDRO. Y Dios obró un milagro?

LUCRECIA. Sí: hizo más.

(Lucrecia abre la puerta de la reja y entra en el atrio.)

ESCENA IX.

PEDRO, LUCRECIA.

LUCRECIA. Escuchad mi confesion
si es segura vuestra enmienda.

PEDRO. Te debo mi conversion.
Habla al menos que comprenda
como fué tu salvacion.

LUCRECIA. Por un furtivo placer
engañasteis á mi madre;
al darme la pobre el ser

quedó sola, yo sin padre;
faltando vos al deber.
Olvidasteis sin pesar
á la mujer desdichada:
no pensando, que al dejar
á la viuda abandonada,
era madre por azar.
Prosiguiendo torpe via
codiciasteis mi hermosura:
y el corazon no os decia
que os amaba el alma mia,
siendo vuestra criatura.
No podia profanar
de mi madre el apellido:
porque habia prometido
á todo el mundo ocultar
que era madre sin marido.
Perseguida mi belleza
por vuestro afan cortesano
acepté como fineza
de aquel infame la mano
para salvar mi pureza.
El malvado encubridor
me vendió á vuestra lujuria:
en una noche de horror
cometisteis vil injuria,
sustituyendo al traidor.
La venganza me ha llevado
á un estremo muy sensible:
pues de muerte he castigado
á aquel hombre aborrecible
que mi cuerpo ha traspasado.
Mas al verme deshonrada
y para el mundo perdida,
me maté, desesperada.

PEDRO. ¡Muerta!

LUCRECIA. No: quedé con vida,
en el suelo desmayada.
Al querer pasar el seno
con la punta del puñal
no tuve el pulso sereno:

el golpe no fué mortal
pues no penetró de lleno.

PEDRO. Lucrecia, estoy condenado!

LUCRECIA. En el arcano profundo
está el crímen sepultado:
y nadie sabrá en el mundo
lo enorme del atentado.

PEDRO. Y á quién debes, hija mia,
el librarte de la muerte?
Yo que con todos creia
que tu cuerpo frio, inerte,
esa tumba contenia?

LUCRECIA. Ese secreto, señor,
no pertenece á Lucrecia.

PEDRO. Y quién es tu salvador?
Quién en el mundo se precia
que le debas tal favor?

ESCENA X.

PEDRO, LUCRECIA, EL MARQUÉS.

(Queda casi oscura la escena y solo la luz de la lámpara deja percibir á los actores.)

EL MARQ. Perdonad á un estranjero
que os interrumpa.

PEDRO. Por qué?

EL MARQ. Grave riesgo considero...

PEDRO. Azorado estais, á fé.

LUCRECIA. Hablad pronto, caballero.

EL MARQ. Ocultaos.

PEDRO. ¿Quién?

EL MARQ. Los dos.

LUCRECIA. Si, padre: venid conmigo.
(Procura llevarlo á la Capilla.)

PEDRO. Y qué pensais hacer vos? *(Al Marqués.)*

EL MARQ. Salvaros.

LUCRECIA. Es un amigo: *(Habla á Pedro.)*
el mejor despues de Dios. *(Por el Marqués.)*

PEDRO. He de dejaros aquí,
en el peligro, Marqués?

EL MARQ. Peligro no hay para mí.

PEDRO. Decidme para quien es.
EL MARQ. Escondeos.
LUCRECIA. Vamos.
PEDRO. Si.
EL MARQ. Dejad, señor, el gaban,
vuestro gorro, vuestra espada.
PEDRO. Esplicadme tanto afan.
(Quítase el gaban de seda, el gorro y la espada que entrega al Marqués.)
LUCRECIA. Entrad en esa morada.
(Aproximándose á la Capilla.)
EL MARQ. Si no huís, os matarán.
LUCRECIA. Padre, venid á este asilo
que al vivo no dá acogida.
Tiene espedita salida.
EL MARQ. Cerrad la puerta: y tranquilo
creed que salvais la vida.

(Pedro y Lucrecia desaparecen por la Capilla despues de cerrar la puerta con candado interior sin ruido.)

(El Marqués se pone el gaban, se quita el sombrero que tira hácia la derecha, se coloca el gorro del Emperador en la cabeza y desnuda la espada, colocándose de espaldas á la puerta de la Capilla.)

(El Conde y Alejo llegan por la izquierda en primer término.)

ESCENA XI.

EL CONDE, ALEJO, *en el proscenio.* EL MARQUÉS *en el fondo.*

EL CONDE. Has visto el pañuelo? *(A media voz.)*
ALEJO. Sí:
encarnado.
EL CONDE. Es la señal.
ALEJO. Me esperabas?
EL CONDE. Solo á tí.
ALEJO. La oscuridad no es total.
EL CONDE. Una sombra veo allí.
(Señalando al Marqués.)
ALEJO. Alú está el Emperador:
como suele, taciturno.
EL CONDE. Alejo, calma y valor.

ALEJO. Su crepúsculo nocturno
la tarde dá por favor.
EL CONDE. Has tomado las medidas?
ALEJO. El atrio por los dos lados
tiene francas sus salidas.
Si nos vemos apurados
jugaremos nuestras vidas.
EL CONDE. Vamos, Alejo, desnuda
la espada: dále en el pecho.
ALEJO. Mano firme.
EL CONDE. Boca muda.
Solo un golpe: y buen provecho.
ALEJO. Buen resultado.
EL CONDE. No hay duda.

(Tiran de sus espadas y uno por cada lado se dirigen hácia el Marqués.

Éste se pone en guardia.

La oscuridad deja brillar los aceros.

El Marqués de espaldas á la Capilla no deja ver su rostro á los hermanos.)

EL MARQ. Cómo es eso! Se asesina
en Rusia de esta manera?

(Retroceden los dos hermanos sin dejar de estar preparados para acometer al Marqués.)

ALEJO. Creo que ruje la fiera.
EL CONDE. No ruje, sino que trina
al verse en la ratonera.
EL MARQ. No hay miedo con malhechores.
Venid acá, vive Dios,
cobardes, como traidores:
yo basto para los dos.
Adelante, pues, señores.

(Dá un paso por el lado del Conde, cierra rápidamente con éste y de un golpe le desarma.

Retrocede más el Conde hasta primer término.

Hace lo mismo con Alejo, y éste pasa al primer término del otro lado.

El Marqués en medio de ambos, en el centro, con la espada en la mano.)

Cede, malvado, tu espada.
(Desarma al Conde.)

Caiga la tuya aquí al suelo.
(Desarma á Alejo.)
¿A qué viene la emboscada?
No sois hombres para el duelo
que preparais la celada?

EL CONDE. Esa voz, Alejo!

EL MARQ. Es mia.
Lo dudais? Miradme bien.
¿No estais ciertos todavia?
Este es mi rostro tambien.
¿No os place mi cortesía?
Reconoced el error.
Pues... me quito ese gaban
y el gorro de Emperador.

(Tira la espada al suelo. Quítase el gaban y el gorro que arroja entre las columnas de la derecha.)

(Llegan dos pages con hachas encendidas por la izquierda.)

EL CONDE. Es el Marqués de Rohan!

ALEJO. El francés embajador.

ESCENA XII.

Dichos, CATALINA *por la izquierda detrás de los pages.*

CATALINA. Qué acontece, caballeros?
En palacio, desafíos!

EL MARQ. Esos lindos escuderos
querian probar mis bríos
y han rendido sus aceros.
Si me veis sin él ahora
es que lo he puesto en el suelo
por respeto á vos, señora.
(A los dos hermanos.)
A vuestra palabra apelo:
justificad, sin demora.

EL CONDE. Nos hemos equivocado.

ALEJO. ¡Un error!

EL CONDE. Falsa apariencia.

EL MARQ. Y si me hubieseis pasado?

ALEJO. Una mala inteligencia.

EL MARQ. Me veria sepultado.

CATALINA. Que no suceda jamás
(A los dos hermanos.)
lucha alguna clandestina:
ó habrá de ver Satanás
como corta Catalina
vuestras manos y algo más.
Ese error que por desgracia
tan á disgusto presencio
es prueba de pertinacia.
Mando completo silencio...
solo así daré mi gracia.
(A los dos hermanos que se han inclinado ante la Emperatriz.)

EL CONDE. Estais, Marqués, resentido?

ALEJO. Perdonad: no hubo intencion.

EL MARQ. No me doy por ofendido.

EL CONDE. Sensible equivocacion
que nos pesa haber sufrido.

EL MARQ. En prueba de que lo creo,
les devuelvo sus espadas:
que aunque rendidas las veo,
por sus dueños son honradas...
y que más valgan deseo.
(Recoge las espadas que entrega á cada uno sin recoger la suya.)

CATALINA. La vuestra no recogeis? *(Al Marqués.)*

EL MARQ. Dispense Su Magestad.

CATALINA. Ceñirla, Marqués, podeis.
(Rehusa el Marqués inclinándose.)
Lo mando yo.

EL MARQ. Perdonad.
(Recoge y cíñese la espada despues de envainarla.)

CATALINA. Vosotros... que os retireis.
(A los hermanos que salen por la izquierda.)

ESCENA XIII.

CATALINA, EL MARQUÉS. *Los pages en el fondo.*

CATALINA. Abdica?

EL MARQ. Por abdicado.

CATALINA. Sin condiciones?
EL MARQ. Ninguna.
CATALINA. Qué me exigís?
EL MARQ. Vuestro agrado.
Si mi voz no es importuna
estaré más que pagado.
CATALINA. Quereis ser un tipo justo
de honradez á toda prueba.
Evitadme ese disgusto:
y que Catalina os deba
algun favor... por mi gusto.
EL MARQ. Una gracia tal vez pida
á la Emperatriz gloriosa.
CATALINA. Si es posible, concedida.
EL MARQ. ¡Señora! Sed generosa.
CATALINA. Quiero ser agradecida.
EL MARQ. Mirad que es atrevimiento
mi grave solicitud.
CATALINA. Lo dicho: no me arrepiento.
Ya vereis la prontitud
con que os dejaré contento.
EL MARQ. Subid, Catalina, pues
al trono del que sois digna.
No ensangrenteis vuestros piés
sobre raza tan indigna.
CATALINA. Oh, cuán noble sois, Marqués!
EL MARQ. Ni un estigma, ni un matiz,
manchará vuestra persona.
La gloria os hará feliz!
Bella será la corona
y vos, grande, Emperatriz!

ACTO SEGUNDO.

Palacio de la Embajada francesa en San Petersburgo.
Salon con mesas y sillones. Sobre una mesa el pabellon francés arrollado. Dos puertas á cada lado.
Entrada al salon por una gran escalera en el fondo. Ventanas á derecha é izquierda de la escalera.

ESCENA I.

El Marqués, El Conde, Alejo.

El Conde. Su Magestad ha exigido,
y la hemos hecho promesa,
de venir los dos á daros
satisfaccion por la ofensa.
El Marq. Por recibida, señores.
Y dareis la enhorabuena
á la escelsa Emperatriz
por el logro de su empresa.
El Conde. Ha triunfado Catalina
sin sangre, sin resistencia.
El Marq. Porque Pedro ha renunciado
á toda propia defensa.
Alejo. Era inútil.
El Marq. Quién lo sabe!
El Conde. La cuestion está resuelta,
abdicó el Emperador;
Catalina ya gobierna;
y la Rusia se verá
libre de tantas torpezas.
El Marq. Ha de ser feliz la Rusia
bajo tan cabal princesa.
Es jóven, sábia, prudente:

y sobre todo muy bella.
El Conde. Ya lo saben vuestros ojos.
El Marq. Mis ojos siempre respetan.
Si miran, es desde lejos;
como al sol ven los planetas;
como sabe un gentilhombre
venerar á las Altezas.
El Conde. Exagerais las costumbres.
El Marq. Cortesanía francesa.
El Conde. Pues aquí somos más hombres;
vivimos sobre la tierra:
nos gustan las hermosuras
y las miramos de cerca.
El Marq. Buen provecho, señor Conde;
y subid á la grandeza:
cuanto más alto va el humo
más arriba, Conde, ciega.
El Conde. Mi deseo está logrado.
El Marq. Y la ambicion?
El Conde. Es modesta.
El Marq. Dejad al menos que Alejo
á vuestro lado algo sea.
Alejo. Tampoco Alejo pretende
ni coronas, ni veneras.
El Marq. Entonces podeis ceñiros
un cilicio de estameña:
á no ser que por más santa
os pongais la cruz acuestas.
Alejo. Sí: la cruz del matrimonio.
El Conde. Cuando la mujer no es fea.
Alejo. Dispensadnos, caballero.
El Marq. Esta casa, como vuestra.
El Conde. Mi gratitud para siempre.
Alejo. No olvidaré la fineza.
(Vanse por la izquierda.)
El Marq. Ni yo tampoco la infamia
de canalla aventurera.

ESCENA II.

El Marqués, Un Criado *que trae una cajita con su llave.*

El Criado. Señor..... de Su Majestad.
(Entrega la caja y se vuelve por la derecha.)

El Marq. Caja..... con su llave puesta.
Veamos su contenido;
sin duda es grata sorpresa.
(Abre la caja y saca los objetos que cita.)
Es la cruz de S. Andrés
y de brillantes su estrella:
de Catalina el retrato
y una carta.... muy discreta.
Obsequio de Emperatriz.....
Es capricho ó recompensa?
Ya lo dirá en esta carta
Catalina ó la princesa. *(Lee la esquela.)*
¡Bah! Me nombra Caballero.....
no necesito vitelas:
y su retrato me manda.....
la diplomacia es añeja.
Pero anuncia su visita
á las diez..... son nueve y media.
(Saca un reloj y mira la hora).
A qué viene esa mujer?
de mí no sé que pretenda:
porque no creo que trate
de poner mi amor á prueba.
Prevengamos á mi niña
por lo que suceder pueda.
(Al dirigirse á la derecha entra Lucrecia.)

ESCENA III.

El Marqués, Lucrecia *por la derecha.*

Lucrecia. Aquí estoy, amigo mio.
El Marq. Qué te parece el regalo?
(Enseñándole la cruz y el retrato.)

LUCRECIA. El obsequio nunca es malo.
EL MARQ. Pues yo de ella desconfio:
su fina doblez penetro
y estudiada recompensa.
LUCRECIA. Por qué?
EL MARQ. De este modo piensa
haber conquistado el cetro.
Trabajo en tal ocasion
segun cumple á mi deber:
vine aquí para obtener
una pronta abdicacion.
LUCRECIA. Y qué le importa á la Francia
hembra ó varon en el trono?
EL MARQ. El motivo es más de encono
que por fundada importancia.
Por esclusivo favor
la política de Prusia
era dominante en Rusia
con el que era Emperador.
El Rey Luis agraviado
por esa causa mezquina
la ambicion de Catalina
por mi boca ha fomentado.
Yo á la Francia represento
en esta grave cuestion.
LUCRECIA. Y tú á la conspiracion
has dado consentimiento.
EL MARQ. Si á la mujer atrevida
pudo mi labio adular
ha sido para salvar
del Emperador la vida.
No podia contener
ese complod tan estenso.
el Czar estaba indefenso;
y no pude más hacer.
Ya es inútil mi presencia
en Rusia.
LUCRECIA. Quiéres partir?
EL MARQ. Sí: me voy á despedir:
tengo la real licencia.
LUCRECIA. Y mi padre?

El Marq. Ya es en vano
cuanto se pida por él.
Lucrecia. Será Catalina cruel.
El Marq. Como Pedro fué villano.
De bondad en su grandeza
esa Emperatriz blasona.
Pedro perdió la corona...
Lucrecia. Y perderá la cabeza.
El Marq. Exigir su libertad
es mover la desconfianza,
provocando la venganza
hasta la ferocidad.
Deja, Lucrecia, que siga
el primitivo proyecto:
con ese plan indirecto
tal vez algo se consiga.
A matarle se resuelve
si la domina su orgullo:
si oye de Dios el murmullo
á su pátria le devuelve.
Y cuanto menos se pida
tanto más ha de ceder.
Qué debemos pues hacer?
Dejar que ella lo decida.
Empalagada en la gloria
hay más probabilidad
de su magnanimidad
por esa accion meritoria.
Lucrecia. Poco me importa despues
cuanto en la Rusia suceda,
si mi padre libre queda:
estaré léjos, Marqués.
El Marq. Resuelta... Lucrecia, estás?
Lucrecia. Oh, sí, Pedro; iré contigo.
El Marq. Venir tú sola conmigo
¿á qué, Lucrecia, vendrás?
Tu palabra es negativa
para mi pasion honesta:
á darme no estás dispuesta
una frase decisiva.
Lucrecia. Pedro, qué mérito tienen

intenciones amorosas
si en su esencia dolorosas
con el desengaño vienen?
Si, cuando los lábios abra
para espresar dicha suma,
saldrá de luto la espuma
amargando la palabra!

EL MARQ. En todo vés desconsuelo.
LUCRECIA. Porque mucho he padecido.
EL MARQ. Corazon....
LUCRECIA. Agradecido.
EL MARQ. Porque no admite consuelo?
Tú no me amas. ¿Te disgusto?
LUCRECIA. Qué me dices? ¡Oh! Te adoro.
EL MARQ. Cuando gracia de tí imploro....
LUCRECIA. Satisfacerte es mi gusto.
EL MARQ. Por qué pues deseo en vano
ser esposo tuyo?
LUCRECIA. ¡No!
Esposa no seré yo....
A nadie daré mi mano.
EL MARQ. Si viene tu repugnancia....
de pretendida viudez....
LUCRECIA. Me niego por honradez.
EL MARQ. Funesta perseverancia,
Lucrecia, si te dijese
que conozco tu secreto....
LUCRECIA. Y lo guardas!
EL MARQ. Por respeto.
Deseas que te lo esprese?
LUCRECIA. Ensuciar con cieno inmundo
casto nombre fuera mengua:
no te lo dirá mi lengua;
ni saberlo debe el mundo.
EL MARQ. Nada en tí pudo el pecado;
ni la culpa te condena:
al crímen eres ajena;
quedas pura en lo pasado.
Cuando en el suelo tendida
tú quedaste abandonada,
yo te encontré desmayada

manando sangre tu herida.
Tú, cubierta con mi manto,
yo, por la noche sin luna,
tuvimos dicha oportuna
tras del horror y del llanto.
Y tu padre me encargó
recoger á la criatura
para darla sepultura:
mas viva te logré yo.
Al volver, Lucrecia en tí,
entrabas en el delirio;
hablando de tu martirio....
el secreto comprendí.
Y despues de muchos dias
de luchar con vaga suerte
entre la vida y la muerte....

LUCRECIA. Tú, salvarme conseguías.

EL MARQ. Convencido del dolor
adiviné tu vergüenza.
Deseas que te convenza
de tu virtud, de tu honor?
El honor es un cristal
que no mancha súcia mano:
el corazon no es liviano
ni el espíritu carnal.
La virtud es la pureza
del sentimiento esclusiva:
es del alma la fe viva,
es del ángel la belleza.
Como al ángel yo te ví;
como vírgen respeté:
y tu existencia oculté
y te guardo para mí.
El sepulcro fué á mi cargo:
lo dejé, sin tí, vacío:
el secreto es tuyo y mio:
me desdeñas sin embargo.

LUCRECIA. ¿Te complaces en amar
sin impulso deshonesto
á la muger, que un incesto
no puede á Dios ocultar?

EL MARQ. Dios, que vé tu corazon,
como yo juzgarte debe.
Quién á acusarte se atreve
si en tu rostro no hay borron?
Y nadie por tí pregunta;
nadie se acuerda de aquella
que del mundo fué la estrella
y para el mundo es difunta.
Examina tu virtud;
consulta con tu conciencia:
nada digas por violencia
ni aun por la gratitud.
(Toque de campana.)
Catalina va á venir.
¿Quién sabe lo que medita?
Su sospechosa visita
he querido prevenir.
LUCRECIA. Decida tu voluntad.
EL MARQ. No la mia.
LUCRECIA. Sí: la tuya.
Deja, Marqués, que rehuya
alguna calamidad.
(Vase por la derecha.)
(El Marqués va á recibir á la Emperatriz que llega por el otro lado.)

ESCENA IV.

CATALINA, EL MARQUÉS, *ofreciéndola un sillon.*

CATALINA. La Emperatriz no viene á visitaros,
señor Embajador del Rey de Francia.
Soy Catalina que desea veros. *(Siéntase.)*
EL MARQ. Merced por el favor, Señora, gracias.
CATALINA. Yo tengo en mi cabeza la corona:
ahora sobre el trono estoy sentada.
Si sabios consejeros necesitan
en pueblos ilustrados los Monarcas
¿qué pueden las mujeres inexpertas
reinando en un desierto de ignorancia?
No veo más que torpes cortesanos
que buscan galardon á sus infamias;

aduladores, tipo de bajeza;
y tártaros, modelo de arrogancia.
No puedo deshacer costumbres vivas:
¿me ayudareis, Marqués, á reformarlas?
Aquí los dos bastamos para todo:
¿quereis entrar de lleno en mi confianza?
Lo que Biron, Munich, han sido en Rusia
ejemplo nos darán.

EL MARQ. Y su desgracia.

CATALINA. Cobarde pareceis en los salones
y prodigais la vida en las batallas?

EL MARQ. Abundan en la Córte los Magnates:
y buenos servidores nunca faltan.

CATALINA. Detesto toda sombra ponzoñosa;
no pienso envilecer la Diplomacia.
Si tengo favoritos es abajo:
la Rusia no verá, jamás, Exarcas.

EL MARQ. ¡Oh! Siento agradecer sinceramente
favor que no merece mi importancia.
Soy súbdito leal: soy caballero.

CATALINA. El orbe entero es de los hombres patria.
¿Tan poco valgo yo?

EL MARQ. Por Dios, Señora....

CATALINA. Y soy mujer, Marqués.

EL MARQ. Mujer sagrada:
que el pueblo ha de servirla de rodillas;
y el hombre con respeto ha de mirarla.

CATALINA. Eso es desprecio.

EL MARQ. Nunca! Sabe el Cielo,
si Emperatriz no fuerais, os amara.

CATALINA. Se olvidan gerarquías de aparato;
se dejan para el vulgo las distancias.

EL MARQ. Pedidme la existencia.... vuestra sea:
volver atrás no puede mi palabra.

CATALINA. Existe en nuestra Rusia venturosa
una alma que está unida con vuestra alma,
que escucha los latidos de ese pecho,
y su deleite goza en vuestras ansias?
Respeto compromisos.... sois muy libre...
seguid, pues sois honrado, en la constancia.

EL MARQ. Señora, no merezco distinciones:

y menos de estranjera soberana.
Mirad si os considero gran Princesa
que pongo en vuestras manos mi confianza.
Con santo juramento he prometido
esposo ser.

CATALINA. ¡Esposo!... Basta... basta.
Marqués, guardad secreto vuestro voto:
vereis que Catalina no es ingrata.
Tan solo solicito, Caballero....

EL MARQ. Su Majestad impera en esta casa.

CATALINA. Si puedo saludar á la futura....
¿ofende vuestro arcano mi demanda?

EL MARQ. Señora, si sabeis....

CATALINA. Secretos.... muchos!
Los tiene el corazon; y el labio calla.

EL MARQ. Mi prometida....

CATALINA. Creo, no está lejos.
Decidla que la Emperatriz la llama.
(El Marqués saluda á la Emperatriz, y sale por la derecha volviendo en seguida con Lucrecia.)

ESCENA V.

LUCRECIA, CATALINA, EL MARQUÉS.

CATALINA. Es esa jóven la futura esposa?
(Lucrecia de rodillas á un lado.)

LUCRECIA. Emperatriz! A vuestros piés postrada.

CATALINA. Ven á mis brazos. *(Lucrecia no se mueve.)*
Que ¿rehusas, hija?

LUCRECIA. Señora, perdonad. *(Levántase y se retira un poco.)*

CATALINA. ¿Por qué te apartas?
¿Sospechas que hay doblez en mis acentos?
¿De Catalina dudas, desdichada?
Escucha de mi boca cortas frases:
y juzga quien te pierde, quien te engaña.
El dia seis de Abril, la noche oscura,
tendido sobre el lecho un muerto estaba:
una mujer hermosa falleciente
en el lindar yacia solitaria.
Un estranjero ilustre vino entonces

y se llevó á la jóven desmayada.
Quién era aquella jóven?

LUCRECIA. Yo, señora.

CATALINA. Y te salvó el Embajador de Francia.
La Emperatriz, que todo en Rusia sabe,
á nadie ha revelado tu desgracia:
La Emperatriz, que protejerte quiere,
Lucrecia, no es falaz, no es inhumana.
¿Exiges de mi amor mayores pruebas?
Escucha bien, amiga, mis palabras.
Permito que, difunta para siempre,
tu nombre suene solo en las plegarias.
Consiento en que el Marqués te llame esposa,
si quieres hoy; sin esperar mañana;
¿deseas más?

EL MARQ. ¡Señora!

CATALINA. ¡Id!... dejadme.
Dichosa juventud, amor os llama.
Huid por los espacios vaporosos
en que las ilusiones paz derraman:
volad al Occidente, pobres niños,
sin recordar jamás estas comarcas.
Y, cuando la calumnia desde léjos
ondule bajo el soplo de la fama,
lanzando sus sarcasmos denigrantes,
se atreva á darme el nombre de tirana....
decid al mundo entero que es injusta
la historia, si de pérfida me trata.

LUCRECIA. ¡Señora! *(Lucrecia llora.)*

CATALINA. ¿Todavía más mercedes?

LUCRECIA. Si mi importunidad no os es pesada....

CATALINA. Tus lágrimas, Lucrecia, dicen mucho:
y tu silencio su dolor declara.
Comprendo tus piadosos sentimientos
y sé porque llorando ahora callas.
El hombre, por quien pides, sin nombrarle,
Lucrecia, no merece ya más gracia.
Si damos al olvido sus miserias,
si velos arrojamos á su cara,
si queda libre y salvo con sus vicios....
lo veo bien: será peor mañana.

Con todo si consuelo puedo darte
en tu despido ¿entiendes mis palabras?
bien pronto le verás en esta casa.
Que sepa que ha abdicado la corona
y deje correr solas las borrascas.

(Levántase, saluda y vase por la izquierda. El Marqués y Lucrecia se inclinan respetuosamente. El Marqués quiere acompañarla. Catalina se despide.)

ESCENA VI.

LUCRECIA, EL MARQUÉS.

EL MARQ. Lucrecia, no medites más escusas:
desecha la zozobra; el tiempo pasa.
Aquí sucumben hombres y coronas;
el mismo cielo muestra cruda saña.
Si me amas....

LUCRECIA. Tu pregunta es ofensiva.
¿Qué más amor que mi pesar demandas?
¿En dónde existirá mayor cariño?
Me ves sufriendo: y sin piedad me ultrajas.
¿Yo, qué era ayer?

EL MARQ. Un ángel, mi Lucrecia.

LUCRECIA. Hoy, qué he de ser?

EL MARQ. Difunta.

LUCRECIA. Sí: y salvada.

EL MARQ. Difunta en los anales de la Rusia
y viva para el Cielo de la Francia.
Admite los suspiros de un esposo:
y vén á respirar benignas auras,
que dichas y placeres nos ofrecen
las nupcias por la Iglesia consagradas.

LUCRECIA. Recelo, Pedro mio, el infortunio
del himeneo mismo al pié del ara.
El corazon humano no es constante;
el corazon sujeto está á mudanzas.
Acaso el porvenir escupa al rostro
de mi pasado, sus inmundas manchas:
y al despertar del sueño de delicias
la lepra veas en mi súcia cara.

El Marq. Retira tus blasfemias, pobre jóven;
y pídame perdon tu desconfianza.
Aquí el destino puso mi ventura;
aquí, Lucrecia, muerta te encontraba.
Yo te salvé. Tu vida toda es mia:
¿derecho no me dá la tumba santa?
Si quieres hija ser, renueva el crímen;
yo volveré tus restos á la caja:
y sobre tu féretro, tras tu sombra,
sabré morir con postuma esperanza.
(Lucrecia llora.)
No llores, no, Lucrecia. ¿De qué sirve
el llanto que sin causa se derrama?
Huyamos de ese emporio de delitos;
busquemos un asilo en tierra estraña,
en donde brille el sol con más pureza
y el cielo dé sin nieves noches claras.

Lucrecia. Si la hija deja al padre abandonado
allá el remordimiento quién lo aplaca?

El Marq. Lucrecia, no vés tú que para el mundo
la tumba, de los hombres te separa?
No sabes que del crímen de tu padre
á tu inocencia la virtud aparta?
Absurda concesion de Catalina
pretendes conseguir con nueva instancia?
Lo que calló su boca, yo revelo:
no puedes apelar á dudas vanas,
descubre tu secreto ¡qué verguenza!
envuelves á tu madre con la infamia.
Aprenden que eres viva tus hermanos
¿de sus furores como libre escapas?
Arroja tus recuerdos al olvido;
y cubra tu pasado la mortaja.
El crímen te dió vida, te dió muerte:
en otro mundo estás.

Lucrecia. Resucitada.

El Marq. Decide de una vez, Lucrecia mía.
Vendrás, esposa?

Lucrecia. Sí.

El Marq. Promesa franca. *(Dánse las manos.)*
Huyamos, dulce amiga.

LUCRECIA. Sí: contigo.
¡La dicha Dios dará!
EL MARQ. Perfecta y santa.

ESCENA VII.

Dichos, PEDRO, *subiendo rápidamente por la escalera.*

PEDRO. No dejarás, Lucrecia, nuestro suelo;
que todavía el pueblo Czar me llama.
La Corte reconoce mis derechos:
la abdicacion, unánime rechaza.
Seré lo que debia, por mi nombre:
soy de las Rusias el legal Monarca.
(Rumor lejano al fondo.)
EL MARQ. La abdicacion.....
PEDRO. Marqués, ha sido engaño.
EL MARQ. Así empañais, señor, deber y fama.
PEDRO. Creeis que soy perjuro, Caballero?
EL MARQ. Renuncia fué formal.
PEDRO. Marqués, forzada.
EL MARQ. Quizás muy pronto venga el desengaño.
LUCRECIA. Ojalá Dios escuche mis plegarias.
PEDRO. Milagros, hija mia, Dios concede.
EL MARQ. Y quién os asegura que no es farsa?
(Gritería confusa y lejana.)
PEDRO. Los gritos de las turbas por las calles
Marqués, ois? El nombre mio aclaman.
(Asomándose á una de las ventanas del fondo.)
El Conde de Munich está arengando
al pueblo que pulula por la plaza:
y todos los soldados con sus gefes
al aire dán sus vivas entusiastas.
EL MARQ. Ay, infeliz! Es un complot inícuo,
de algun traidor maléfica patraña;
para llevaros á un estremo loco
para cortaros la cabeza el hacha.
¿Qué significa en pos de la renuncia
tan necia, tan audaz calaverada?
Ahora no es posible que perdone
esa mujer terrible vuestra trama.

La cárcel, el suplicio, sin remedio
envueltos con horrores os aguardan.

LUCRECIA. Y quién se atreverá.....

EL MARQ. Razon de Estado.
¿El regicidio en Rusia es cosa rara?
Dirán que sois rebelde á Catalina,
que infiel habeis faltado á la palabra;
dirán que el interés, la paz de Rusia
sobre el cadáver vuestro están fundadas;
dirán que los motivos son urgentes
y que la misma muerte es necesaria.

PEDRO. Teneis razon, Marqués.
(Gritería.)

LUCRECIA. Por qué los hombres
son tan falaces?

EL MARQ. Porque siempre engañan.
Lo veis ahora?
(Asomados á la ventana.)

LUCRECIA. Todo fué supuesto.

EL MARQ. Pasó volando la mentida alarma.
La tropa victorea á Catalina;
y vuestro nombre al vituperio lanzan.

PEDRO. Sepamos pues morir, amigo mio:
tan repugnantes faces ya me cansan.

EL MARQ. La turba se dirige aquí furiosa.

LUCRECIA. Y contra quién ahullan esas masas?

EL MARQ. Contra el Emperador.

LUCRECIA. Oh, padre, padre!

PEDRO. Por Dios, Lucrecia, llora pero calla.

ESCENA VIII.

Dichos, grupos de soldados y paisanos en la escalera.

PEDRO. Marqués ¿qué haceis? Pensais acaso ahora
que resistir se pueda á la canalla?
(El Marqués despliega el pabellon real de Francia y lo estiende en el suelo á la puerta del salon, frente la escalera.)

EL MARQ. La ley por todo es ley! Y mi persona
en Rusia el mismo Rey es de la Francia.
(A los grupos de la escalera.)

¿Qué piden esos hombres insolentes
que á penetrar se atreven en mi casa?
¡Venid! Y si lo osais, pisad altivos
esa bandera, orgullo de las Galias.
Soy el Embajador de un Rey potente:
al Rey aquí, señores, hoy se ultraja.
Y si vengar no pueden mis paisanos
el desacato con cortantes armas,
diremos á la Europa que aun existe
un pueblo de salvages en su mapa.

ESCENA IX.

Dichos. Los grupos en la escalera, CATALINA *por la izquierda.*

CATALINA. Vasallos de la Rusia ¿quién se atreve
á deshonrar las glorias de su pátria?
Y quién es el infame que os condujo
de un real Embajador á la morada?
¡Atras! Si alguno de ellos fuere osado
á repetir insulto en esta casa,
colgadle por los piés de los balcones
que de escarmiento servirá mañana.
(Los Rusos, que al presentarse la Emperatriz se han descubierto y arrodillado, se retiran.)

ESCENA X.

PEDRO, LUCRECIA *en el fondo.* CATALINA, EL MARQÉS *en el proscenio.*

CATALINA. Señor Marqués, ahora estamos solos.
EL MARQ. ¡Señora!
CATALINA. Catalina con vos habla.
EL MARQ. Espero... desconfio... mas no dudo
de vuestro corazon.
CATALINA. Marqués... os ama.
(Al oido con suma pasion.)
Y disponer podeis á vuestro antojo
del dulce sentimiento que me abrasa.
¿Por qué no soy feliz?
...¿Sereis ingrato?

Estoy por mi destino condenada
al trono, que es abismo del deseo,
y á la viudez, sepulcro de esperanzas.

EL MARQ. La Emperatriz de Rusia...

CATALINA. Catalina...

EL MARQ. Tambien os amo yo, por mi desgracia.
(Pausa.)

CATALINA. Pues yo me sacrifico ¿estais contento?

EL MARQ. Mas grande honor el porvenir alcanza.

CATALINA. Pedid á la mujer...

EL MARQ. Perdon imploro.
(Arrodillándose á sus pies.)

CATALINA. Alzaos: que me destrozais el alma.

EL MARQ. Mandad, Señora.

CATALINA. Solo de vos quiero
dulce memoria por placer soñada.
(Alárgale la mano, que el Marques besa, y se levanta. La Emperatriz domina su emocion y se dirige á Pedro y á Lucrecia.)
Ya sosegado está el motin.

LUCRECIA. ¡Señora!

CATALINA. Retoñará otro dia con más saña.
Conozco los resortes del desórden
y sé quien es autor de la asonada.

EL MARQ. Terrible para todos y funesta
la cólera del pueblo se desata.

LUCRECIA. ¿No pueden prevenirse los peligros?
¿Han de morir los que del trono caigan?
Emperatriz, dejad á vuestro esposo...
(Pedro, que permanecia anonadado, vuelve en sí y dice con resolucion dirigiéndose á Catalina.)

PEDRO. Digamos la verdad.

CATALINA. Sí: cara á cara.
Si soy Emperatriz...

PEDRO. Estorba un hombre.

LUCRECIA. ¡Estorba un hombre!

CATALINA. Pues ¿qué hacer?

PEDRO. Se mata.
Tranquila gozareis en vuestras glorias:

tendremos paz encima mi mortaja.
Dejadme vos, Marqués, y tú Lucrecia.

LUCRECIA. Jamás lo haré.

CATALINA. ¿Qué esperas, desdichada?

LUCRECIA. La muerte con aquel que me dió vida.

CATALINA. Lucrecia, es el autor de tus desgracias.

LUCRECIA. Yo le perdono todas sus ofensas.
Señora, compasion.

PEDRO. Lucrecia, basta.
Rehuso más bajezas, Catalina;
hasta la vida el corazon rechaza.
Designame la cárcel ó el suplicio...
Vencido estoy: y los vencidos callan.

CATALINA. Retírate por hoy á CZarco-celo.

PEDRO. ¡Será prision!

CATALINA. Que tu existencia salva.

PEDRO. Acepto. ¿Qué mas dá? Veré mi tumba,
al meditar en la ávida inconstancia.
Y tú, Lucrecia, vete con tu esposo:
al verte padecer, mi voz se apaga.

CATALINA. Adios, Marqués. Seréis feliz con ella.

EL MARQ. Vos, inmortal os llamará la fama.

CATALINA. Y tú, Lucrecia, cuál virtud te anima?

EL MARQ. ¿Es el amor?

LUCRECIA. La caridad humana.
Anhela el corazon venir contigo:
mas el deber aquí quedarme manda.
(Despidiéndose del Marqués con suma ternura, se arroja á los brazos de Pedro.

ACTO TERCERO.

Castillo de CZarco-celo.

Cárcel con puertas laterales. Un armario con llave puesta. Puerta de reja en el fondo que deja ver otra cárcel en la cual hay una mesa con bancos al derredor. Una cortina espesa y grosera delante la puerta del fondo que está cerrada con candado. Una lámpara colgante arde en el centro de la cárcel.

ESCENA I.

El Conde, Alejo.

El Conde. Cómo está el Emperador?
Alejo. Me parece resignado.
Come, bebe, vela y duerme.
El Conde. La cárcel.....
Alejo. Es un Palacio.
El Conde. Pregunta por Catalina?
Alejo. Ni su nombre ha pronunciado
en siete dias que dura
su prision.
El Conde. La calma alabo.
Y, presume su destino?
Alejo. ¿Habeis en ello pensado?
El Conde. Hay quien impera en la Rusia:
no hay consejos; hay mandatos.
Alejo. El pueblo recibe á gusto
esa mudanza?
El Conde. No tanto.
Algunos muy descontentos,
seguramente del cambio,
con el personal de arriba,
y del dinero de abajo.

Suponen que Catalina
á su esposo ha destronado
por mezquinas pretensiones
de aventureros osados.
Añaden que es estranjera:
que Pedro no era tirano,
ni monarca muy severo,
ni tampoco sanguinario.
De dia en dia decae
el militar entusiasmo
que estalló por un momento
en el alma del soldado.

ALEJO. Los nobles....

EL CONDE. Temen y callan:
en un trastorno confiando.

ALEJO. El Clero....

EL CONDE. Mudo en los templos.

ALEJO. Conspiran.

EL CONDE. Algunos vagos.

ALEJO. Piensas, Gregorio, en peligros
y el peligro no es lejano!

EL CONDE. Mientras Pedro exista preso
siempre tendrá partidarios.

ALEJO. Pues se suprime, Gregorio:
sobre el muerto acaba el llanto.

EL CONDE. Que no se atente á su vida
la Emperatriz ha mandado.

ALEJO. Se dice que ha fallecido
de un accidente.... de espasmo.

EL CONDE. No te atrevas á chancear
con esa mujer, hermano.

ALEJO. Y de veras Catalina
se opone....

EL CONDE. No hay que dudarlo.
Al Embajador francés
palabra formal ha dado
de tener preso al marido,
su existencia conservando.

ALEJO. Y si un dia algun traidor
á la fuerza ó por amaño
de este Castillo lo salva?

EL CONDE. Ya nos daria cuidado.
ALEJO. Pues que ella lo ha prometido,
que ella no falte es el caso.
Pero puedo hacerlo yo
y el peligro habrá pasado.
EL CONDE. Con la Emperatriz no cumples:
es un crímen intentarlo.
ALEJO. ¡Escrúpulos!
EL CONDE. Son razones.
ALEJO. Del negocio me haré cargo.
EL CONDE. Mira....
ALEJO. Yo obro por mi cuenta.
Vete: que estoy ocupado.
EL CONDE. No juegues con Catalina
que puedes llevar un chasco.
Está Pedro....
ALEJO. Tras la puerta
en otra estancia encerrado.
Quieres verle?
EL CONDE. Sí.
ALEJO. Silencio.

(Descorre la cortina y á través de la puerta enrejada se vé á Pedro con dos oficiales sentados al rededor de la mesa, en la cual está un desayuno y botellas. Una vela encendida sobre la mesa.)

¿Le ves?
EL CONDE. Están almorzando. *(Deja caer la cortina.)*
ALEJO. Son dos fieles capitanes
que siempre van á su lado.
EL CONDE. Regreso á la Capital.
ALEJO. Dios te guie, buen hermano.
EL CONDE. Y á tí Dios nunca te deje
en tentaciones del diablo. *(Vase.)*

ESCENA II.

ALEJO.

La ocasion es oportuna
el veneno preparado;
las copas sobre la mesa,

y el Emperador cargado.
El efecto es muy seguro
y de prontos resultados:
habrá de más, un cadáver
de menos, un embarazo.

(Saca del armario una botella, abre la puerta del fondo con solo descorrer el cerrojo y deja fuera la cortina; entra dentro y coloca la botella sobre la mesa. La cortina queda arrollada hácia la izquierda de modo que el público percibe la estancia interior.)

ALEJO. Es para su Majestad
moscatel puro del Cabo.

ESCENA IV.

LUCRECIA *de luto y con velo,* EL MARQUÉS *por la izquierda,* ALEJO, PEDRO, *y los oficiales en la cárcel interior.*

EL MARQ. Estamos en el Castillo
de Czarco-celo, Lucrecia.
LUCRECIA. ¿Son las tumbas de Venecia?
Tanta reja! Tanto grillo!
¡Qué veo! *(Mirando hácia la otra*
EL MARQ. Por Dios, silencio. *estancia.)*
Cubre el rostro, esposa mia.
LUCRECIA. Aquí.... luz en pleno dia!
Noche eterna yo presencio!
EL MARQ. El carcelero allí está:
y no olvides que es tu hermano.
LUCRECIA. Tan jóven, tan inhumano!
EL MARQ. Por ambicion lo será.
ALEJO. Afuera penas del pecho;
la copa llenad, Señor:
apurad el buen licor....
Salud á vos.... y provecho.

(Alejo ha servido el licor, de la botella que llevaba, en la copa de Pedro, que la apura.)

(Alejo va á entrar y percibe á Lucrecia y al Marqués.)

ALEJO. Quién va allá?
EL MARQ. Permiso tiene.
ALEJO. Paso atrás.
EL MARQ. Soy yo.
ALEJO. ¡Marqués!
EL MARQ. Es .. *(Presenta una esquela.)*
ALEJO. ¿De la Emperatriz?
EL MARQ. Lo es.
ALEJO. El permiso. *(Toma el papel leyendo.*
EL MARQ. De ella viene.
ALEJO. Orden de su Majestad
clara, lisa, terminante,
Marqués, venid: adelante.
EL MARQ. Mi esposa. *(Presentándola.)*
ALEJO. Señora, entrad.
Muy estraño, lo confieso.
Se me manda, vive Dios,
que deje estar á los dos
aquí á solas con el preso.
Y ordenaré retirar
á esos nobles señoritos.
Quedaréis los tres solitos
en libertad... para hablar.
(Hace subir los oficiales de la estancia interior y vase con ellos por la derecha.)

ESCENA V.

LUCRECIA, EL MARQUES, PEDRO *recostado sobre la mesa.*

LUCRECIA. La corona de grandeza
que brillante alumbra el sol
se funde con más presteza,
que el metal en el crisol,
en mansion de la tristeza
sin más luz que ese farol.
El monarca mas altivo
cuya ley es todo antojo,
cambia el laurel y el olivo
en un espinoso abrojo;
y se ve enterrado vivo
bajo el hierro de un cerrojo.

Aquel trono del orgullo,
sarcasmo de la virtud,
da tormento y quiere arrullo;
da muerte y busca salud:
el cadalso es su capullo,
su peana el ataud.
Monarca siempre fatal
la Rusia al mundo presenta:
Emperador, con dogal;
Emperatriz, con afrenta:
y solo el Génio del mal
en el solio aquí se sienta.
Ese Pedro miserable *(Señalando al fondo.)*
hace poco vanidoso,
tal vez el menos culpable
en el caos voluptuoso
de esa Corte detestable...
allí vive indecoroso.
Y la soberbia mujer,
ante quien Rusia se inclina,
como si fuese su ser
de procedencia divina...
era una estranjera ayer;
es hoy la grande Czarina.
Adios, salvaje nacion;
adios, trono corrompido:
solo siento compasion
por el crímen.
Á Dios pido
para todos el perdon;
para mí solo el olvido.

El Marq. Lucrecia, cuán trastornada
te deja la vista oscura
de esa lóbrega clausura!

Lucrecia. Triste, pero resignada.
En la cárcel el delirio
no es de dolor ni el más leve:
aquí se come, se bebe!
yo soy quien sufre el martirio.
No comprendo la bajeza
en un alto lupanar;

tampoco en este lugar
cobardía con vileza.
Dejemos, Pedro, por fin
á esa raza nauseabunda:
hasta la cárcel inmunda
tiene en la mesa un festin.

EL MARQ. Qué mudanza prodigiosa
hay en tí de ayer á hoy!

LUCRECIA. Hija, y hermana no soy...
Pedro mio, soy tu esposa.
Mi existencia dan cumplida
dos Pedros de opuesta suerte:
el uno me dió la muerte;
el otro me da la vida.
Aquel, mi cuna sin honra,
puso en vía criminal:
hasta sirvió su puñal
para lavar mi deshonra.
Moribunda me encontrabas
cuando un padre me dejó:
volviendo á la vida yo,
para tí me conservabas.
Tú me has llevado al altar;
Dios bendijo nuestro lazo:
me regenera tu abrazo;
contigo puedo llorar.

EL MARQ. Modera tu dura pena
y da tréguas al sufrir:
no te es lícito decir
que has sido la Magdalena.
Diverso fué tu destino
de la romana maldad;
pues cedió su voluntad
la Lucrecia del Tarquino.
En la agonía á tu madre
diste tu postrer consuelo:
demanda gracia del Cielo
para aquel que fué tu padre.
Y al otorgarle perdon
por aquella liviandad,
pídele con humildad

que te dé su bendicion.

(El Marqués permanece en primer término. Lucrecia pasa á la estancia interior y se postra á los pies de Pedro.)

PEDRO. Señora desconocida,
qué pides arrodillada
en mi fúnebre morada?

LUCRECIA. Un adios en esta vida.

PEDRO. En la mazmorra severa
donde nadie puede entrar
qué consuelo quieres dar?

LUCRECIA. Una lágrima postrera.

PEDRO. Sin duda te inspira Dios
que no me das al olvido.
¿A qué, mujer, has venido?

LUCRECIA. A despedirme de vos.

PEDRO. Anda pues: vete de aquí.

LUCRECIA. Concededme...

PEDRO. Desdichada!
Un preso no tiene... ¡Nada!
¿mi bendicion quieres?

LUCRECIA. Sí.

PEDRO. Oh, Señor omnipotente,
de paz un rayo sereno
hoy derrama sobre el seno
de esa mujer inocente.

(Lucrecia imprime un ósculo sobre la mano que le alarga Pedro, se levanta y vase con el Marqués por la izquierda.)

ESCENA VI.

PEDRO, *que entra en escena como trastornado.*

PEDRO. Dejadme... ¡solo! Todos sois traidores.
Traidores tuvo siempre nuestra raza.
La Corte con desprecio me rechaza.
¿La culpa, quién la tiene? Mis errores.
En una cárcel yo... ¡Solemne chasco!
A la prision conduce mi locura.
Un sueño me parece la aventura!
Mas, ¿qué es el mismo trono? Crímen y asco.

Si para aquellos era dura carga;
el tedio, el ódio, contra mí no estraño:
¡es caso tan frecuente el desengaño!
No soy Emperador... ¡Verdad amarga!
Es ella Emperatriz... ¿Estoy despierto?
¿Quién me lo dice aquí? La cárcel muda.
Delante del sepulcro va la duda:
un preso como yo no es vivo, es muerto.
Para temerme su razon tenia;
para abatirme su ambicion la abona:
jugamos á la suerte mi corona...
que ella ganaba, pues yo la perdia.

ESCENA VII.

PEDRO *que empieza á sentir los efectos del veneno,* CATALINA.

PEDRO. Catalina! Tú...
CATALINA. Lo soy.
PEDRO. Haz mofa del destronado.
CATALINA. Pedro, vive resignado.
PEDRO. Resignado... ya lo estoy.
CATALINA. Por dura necesidad
ponerte preso prefiero.
Mas no temas: solo quiero
tenerte en seguridad.
PEDRO. Y para qué lo deseas
si gobiernas á tu gusto?
CATALINA. Evitamos todo susto.
PEDRO. Catalina, no lo creas.
En las Rusias es un hecho
el crímen de alta region:
no es legal la sucesion:
del más fuerte es el derecho.
Czar legítimo; Czar falso;
muerto el uno, viene el otro:
se vá al trono por el potro,
y desde el trono al cadalso.
(Tambolea como si fuese á caer y habla cual si delirase. Catalina lo mira con estrañeza.)
El trono que sangre quiere

espero que se derrumbe:
el que no mata, sucumbe;
el que mata tambien muere.
Imbécil es un monarca:
por imbécil se le encierra
ó le ponen bajo tierra
y vivo aun en una arca.
Príncipes buenos... pocos;
las Princesas harto amables;
unos y otras miserables;
y de ellos, algunos locos.

CATALINA. Si lo confiesas tú mismo!

PEDRO. Díme si estoy en prision.

CATALINA. Es prudente detencion.

PEDRO. Es obra del despotismo.

CATALINA. Te esplicaré por completo
el motivo de mis actos.
Has faltado á nuestros pactos:
así, te tengo sujeto.
Conspirabas contra mí:
y con pretestos prolijos
contra tus hijos.

PEDRO. ¡Mis hijos!
¿Lo son Catalina?

CATALINA. Sí.
Me tratabas con desden
como si no fuese esposa:
en la licencia fastuosa
mantenias un Haren.
Ni por amor, un abrazo;
por deber, ni una caricia:
solo bogaba propicia
tu pasion fuera del lazo.
Pudiera no ser injuria,
ni tampoco un improperio:
tu escandaloso adulterio,
era gala de lujuria.
A tu esposa repudiar
quisiste, contra conciencia;
y del trono, de su herencia,
á nuestros hijos privar.

Para dar despues la mano
á cualquier advenediza:
una Emperatriz postiza,
dama del Eden mundano.
De esa necia, Manequí,
sombra de hombre en la embriaguez,
es tu lenguage soez,
siempre estás con frenesí.
No digas si he sido fiel,
mis faltas, si faltas fueron,
consecuentes provinieron
de ser, Pedro, tú el infiel.
Y despues de tiempos largos
de amargura, de tormento,
acabóse el sufrimiento.
¿No son ciertos esos cargos?

PEDRO. Lo son sin duda, Señora;
si leve culpa es desliz.

CATALINA. Por ello á la Emperatríz
no se infama, ni desdora.
Enmendándote primero,
era de tu obligacion
el darme una reprension
como propia de buen fuero.
Pero tú mal soberano,
no pusiste en ello estudio:
optaste por el repudio.

PEDRO. El motivo.....

CATALINA. Muy villano.

PEDRO. No siento el trono perder;
ni la fiebre, que destruye;
ni la vida, que concluye:
siento, verte en el poder.
Me cansa tanto el vivir
que caer aquí quisiera:
es preciso que yo muera;
pronto me verás morir.
Una llama arde en mi seno
de fuego desconocido:
ya veo que me han servido
en la copa algun veneno.

Muchas gracias, Catalina;
de mí tienes compasion:
tuya en ello es la razon,
pues tu mano me asesina.
Si el rostro en deformidad
al buen Dios el darme plugo,
tú me has enviado un verdugo
que destruya mi fealdad.
(Retírase poco á poco á la estancia interior.)

CATALINA. Calumnioso de tal suerte
tú me acusas con falsía.

PEDRO. Quien te acusa, es mi agonía:
quien te calumnia, es la muerte.
(Cae sobre un banco de la estancia interior.)

CATALINA. ¡Pedro!

PEDRO. Mírame..... cayendo.
A mi cadáver tal vez
otra muerte dará el juez,
el delito desmintiendo.
Tanto codiciaste el trono
que hasta el crímen has llegado.
Perdona si te he faltado.....
Catalina..... te perdono.
(Muere en el suelo.)

CATALINA. Muerto está!.... Muerte oportuna!
Presentia su destino.
¿Quién ha sido el asesino?
La pregunta es importuna.

ESCENA VIII.

CATALINA, *en la estancia interior*, EL MARQUÉS, *luego* LUCRECIA.

EL MARQ. ¡Vírgen santa! ¡Muerto el Czar!

CATALINA. ¡Ah! sí, Marqués.

EL MARQ. ¡Infeliz!
¿Cómo es esto, Emperatríz?

CATALINA. No me es posible esplicar.
Ha caido de repente
en el suelo.

EL MARQ. ¿Cómo? ¿Cuándo?
CATALINA. Ahora mismo, conversando.
Habrá sido un accidente.
EL MARQ. ¡Accidente! Por sabido.
¡Accidente! Muy palpable.
(Entrando en la estancia exterior.)
Hay en su muerte un culpable.
CATALINA. ¡Qué me decís!
EL MARQ. Lo he creido.
(Llega Lucrecia. El Marqués al oido de Catalina.)
Silencio. Viene mi esposa.
Suponed de cierto modo
que está en letargo ó beodo.
LUCRECIA. Y mi padre?
EL MARQ. Allí reposa.
(Le señala el cadáver. Lucrecia quiere ir á verle. El Marqués la detiene.)
Lucrecia, á qué despertar
de ese sueño, que parece....
(Lucrecia se figura que está beodo.)
LUCRECIA. A lo menos no padece.
EL MARQ Déjale, déjale estar.
LUCRECIA. Permite que me convenza.
EL MARQ. No te acerques.
LUCRECIA. ¡Oh, qué horror!
(Convencida de la borrachera de Pedro.)
Desdichado Emperador,
no te mueres de vergüenza?
(En la misma puerta sin penetrar en la estancia interior.)
Es sensible sacrificio
ver á un padre aletargado,
de su trono despojado,
y durmiendo sobre el vicio!
¡Oh! si estuvieses despierto,
yo moriria de pena.
Ni la deshonra le apena....
Más valiera fueses.... muerto.
(Permanece contemplando el cadáver.)
(Catalina y el Marqués en el proscenio.)

EL MARQ. ¡Señora! *(Saludando á Catalina en*
CATALINA. Señor Marqués! *despido.)*
EL MARQ. Por fin, es cosa cumplida.
¡Bien tomada la medida!
(Señala el cadáver.)
CATALINA. Os he dicho ya lo que es.
(El Marqués vuelve á inclinarse.)
Y partireis?
EL MARQ. Sí: me aguarda
el buque en el puerto.
CATALINA. ¡Yá!
EL MARQ. Este despido será.....
CATALINA. ¡El postrero!
EL MARQ. ¡Mucho tarda!
CATALINA. Escuchadme, buen amigo.
Lo afirmo solemnemente,
soy, de su muerte, inocente; *(Señala el*
y pongo á Dios por testigo. *cadáver.)*
EL MARQ. Emperatriz, oid vos
lo que digo aquí en voz baja:
debajo de su mortaja
hay el tribunal de Dios. *(Idem.)*
El imperial oropel,
de remordimiento en tono,
os dará luto en el trono,
y sangre bajo el dosel.
Y si á la posteridad
os eleva justa gloria,
el borron en vuestra historia
pondrá la fatalidad.